



MIRANDO AL OTRO LADO

¿Estás en la lista?

Es moneda común, en estos días, que dirigentes de Morena pregunten, entre ellos, quiénes están en la lista de los “desvisados”



Ricardo Pascoe Pierce
@rpscosp

Es moneda común, en estos días, que dirigentes de Morena pregunten, entre ellos, quiénes están en la lista de los “desvisados”. Y no les falta razón: la lista real ha de ser muy larga. Y hay una explicación, aunque seguramente no la quieren escuchar.

El origen de la situación actual de los morenistas es producto de la estrategia de Andrés Manuel López Obrador para llegar a la Presidencia de la República en 2018, sí o sí. En su campaña presidencial en 2006, López Obrador perdió por negarse a establecer compromisos políticos con Elba Esther Gordillo, lideresa del magisterio nacional y portadora de suficientes votos para ganar la elección. En cambio, en 2018 López Obrador estableció alianzas con quienes se dejaran, y muy notoriamente con facciones del narcotráfico, y más señaladamente con el Cártel de Sinaloa. La estrategia era llegar al poder, costara lo que costara. Y lo que costó fue abrazar e impulsar la consigna de “abrazos, no balazos”. La consecuencia de esa política hacia el narcotráfico era lograr que la relación entre narcotráfico y política ya no fuera un secreto a voces, como había sido con el PRI y el PAN. Ahora era una política del Estado mexicano, y era pública y notoria que era una política de aplicación obligada. Y vaya que los cuadros de Morena abrazaron con entusiasmo esa nueva “política pública”.

Si nos preguntamos cómo ha sido el histórico y nunca antes visto crecimiento exponencial de Morena, ganando gubernaturas, senadurías, diputaciones y municipios en todo el país, nada más hay que estudiar el mapa de la DEA sobre la presencia de los cárteles en todo el país. El cártel de Sinaloa se asienta en 30 estados de la República, el CJNG en 22 y así, sucesivamente, con los cárteles menores pero muy activos en el centro-sur del país.



¿Se quiere saber cómo ganó Bedolla en Michoacán? Lo sabe Silvano Arreoles, y lo explicó en su momento, sus acuerdos con la Familia Michoacana y el CJNG para ganar suficientes votos, a pesar de haber perdido la mayoría en el estado. O la familia “real” en Guerrero, donde Salgado es rey del narco, junto con la hija. Y pretenden seguir gobernando, a pesar de la supuesta “ética nueva” del morenismo. ¿Sinaloa, Colima, Nayarit, Quintana Roo, Baja California, Tamaulipas, Zacatecas, Sinaloa, y un largo etcétera? Insisto: el mapa de la DEA lo describe con nitidez.

Lo que no explica el mapa es cómo López Obrador introdujo y legitimó en las filas de su partido el derecho de usar al narcotráfico como aliado incuestionable para ganar las elecciones y, luego, la obligación de compartir la gestión gubernamental. PRI y PAN negociaron con el narcotráfico en las cúpulas del poder. Siempre en corto y tras bambalinas.

Pocos personajes tenían acceso a esas negociaciones, excepto el Presidente de la República, los Procuradores, los secretarios de la Defensa y la Marina y el secretario de Gobernación. Por eso se afirma que los secretarios de la Defensa y de Gobernación

(Bartlett) estuvieron en la reunión junto con Caro Quintero y un agente de la CIA cuando acordaron matar a Enrique Camarena, el agente de la DEA, porque descubrió la trama del intercambio de armas por drogas con la Contra en Centroamérica.

Con López Obrador, el esquema de relación cambió radicalmente. Él legitimó y popularizó la alianza narco-política. Fue una manera también, de tratar de lavarse las manos y alejarse del Frankenstein creado, promoviendo su actual narrativa: “Yo no fui, fueron ellos (sus camaradas de partido) los que pactaron con los malos”. La frase “abrazos, no balazos” era un llamado a la alianza. Es más, era una llamada al co-gobierno. Y así lo entendió la raza de Morena, cuando buscaban a los narcos de sus vecindarios para recibir apoyos económicos y sociales (incluyendo la coacción a la hora de votar y el cobro del derecho de piso) durante sus campañas.

Durante los seis años del sexenio de López Obrador, la relación entre el narco y el gobierno creció, se afinó y se consolidó. El festín caminaba con la aprobación presidencial. En los corredores de Morena se comentaban los hitos de la relación para tener explicaciones sobre hechos y acontecimientos.



Un hecho importante fue cuando López Obrador entregó a Ovidio Guzmán al gobierno de Estados Unidos como cordero en sacrificio ante la visita inminente de Biden a México. “Había que hacer un gesto” se dijo. Pero lo importante fue que López Obrador despachó a Adán López a Badiraguato para explicar que era un gesto por presiones de Estados Unidos, pero que el “acuerdo político” se sostenía. Misión cumplida.

Esa explicación la dieron otras autoridades morenistas electas a sus narcos aliados locales, para que nadie pensara que el “acuerdo esencial” se había roto. Para nada. Todo seguía igual, nada más que había que aplacar a Biden. De esas bocas salió el relato sobre Adán y Badiraguato: los propios morenistas lo repetían como una letanía. México pasó de tener una relación cupular, vergonzante y discreta entre gobernantes y narco durante los gobiernos del PRI y PAN, a una relación pública, generalizada y popular con el gobierno de López Obrador.

Entonces llegaron Claudia Sheinbaum a la Presidencia de México y Donald Trump a la Presidencia de Estados Unidos. Sheinbaum está obligada por mandato del ex presidente López Obrador a defender la política de “abrazos, no balazos”, haciendo los gestos mínimos necesarios a Washington para aplacar a los lobos de aquel bosque. Trump, en cambio, viene con un mandato de seguridad nacional que implica erradicar completamente esa alianza entre narcotráfico y política en México. Dos mandatos claramente en contradicción y conflicto.

El anterior embajador Ken Salazar era un caballero dialogante, y sin embargo Biden se hartó de la inacción de México y secuestraron al Mayo Zambada. El nuevo embajador Ron Johnson no es conocido como un caballero dialogante, y viene en el contexto de gran enfado de Trump con México. ¿Qué se puede esperar? Que el choque inevitablemente vendrá y tomará al país más débil en una situación de desventaja. Los problemas se multiplican: la situación económica de México es precaria.

Pemex es un pesado fardo sobre las finanzas públicas, al igual que el Tren Maya, Dos Bocas y Mexicana de Aviación. La inversión extranjera se alenta, en espera de noticias. Si se adelanta la renegociación del T-MEC, e e hecho también aletargará aún más la inversión



nacional y extranjera. El absurdo del voto de la elección del Poder Judicial va a desprestigiar al país, porque el resultado será la confirmación del Estado fallido: ganarán morenistas y narcos como jueces. Y sin legitimidad y con escasa legalidad.

Cuando los morenistas preguntan quiénes han sido “desvisados”, deben mirar hacia Palenque, para encontrar respuestas. Ahí están: en la impunidad sexenal otorgada por ópez Obrador, sin haber reparado que después de su gestión viene, implacable, la rendición de cuentas. Y no va a ser nada bonito.

POR RICARDO PASCOE

COLABORADOR

ricardopascoe@hotmail.com

[@rpascoep](https://twitter.com/rpascoep)